



M i r a n d o a l C i e l o

Por A. PECES Y MARTIN DE VIDALES
Teniente Vicario de 2.º

Elevados por el poder ascensional de nuestra fe, traspasemos el espacio estratosférico, altura máxima de las alas humanas aeronáuticas, y coloquémonos en el verdadero Cielo.

No desdice, ni mucho menos, del carácter militar de nuestra REVISTA DE AERONAUTICA intercalar algunas consideraciones espirituales en medio de los documentados artículos que sobre nuevos modelos de aparatos, motores, experimentos, higiene, legislación y derechos aeronáuticos en ella se insertan. No se olvide que la Religión se preocupa de cultivar el espíritu y la moral

del aviador, parte tan principal de su ser y su actuar.

El centro de nuestra Religión es el Santo Sacrificio de la Misa. No es éste el momento oportuno de demostrarlo ampliamente. Basta con exponer que el sacrificio entra como elemento esencial en toda Religión y en la nuestra el único sacrificio, propiamente dicho, es el del cuerpo y sangre de Jesucristo, que se inmola y ofrece a su Padre en el altar por medio del sacerdote, primer ministro oferente y de los fieles que asisten, colaboradores activos de aquél en la celebración. Es la misa la repetición incruen-

ta y el recuerdo perenne del sacrificio cruento de Cristo en la Cruz por los pecados de todo el mundo. A ella se refieren todos los sacramentos y actos del culto. Por eso se impuso como obligatoria su audición en los días festivos.

La Iglesia, por muchas razones, escogió el latín, como lengua litúrgica, y esto, que tiene grandes ventajas, ofrece también el gran inconveniente de que, desconocida por la mayoría de los cristianos, frecuentemente no *participan activamente* en el culto, como sería de desear.

Al principio no fué así; pero en el largo curso de la Edad Media el latín quedó patrimonio exclusivo de eclesiásticos y científicos. Por añadidura el analfabetismo se extendió hasta las clases elevadas, y los fieles se acostumbraron a *oír y ver* solamente la Misa.

Con la invención de la imprenta y la difusión relativa de la cultura en la Edad Moderna, se facilitó la impresión de devocionarios; pero, como ya su nombre hacía sospechar, sirvieron más al sentimentalismo de muchas devociones—algunas mixtificadas por errores individuales—que a la necesidad de enseñar cómo se debía asistir a la Misa.

Con bastantes años de retraso, ha ido desarrollándose en nuestra Patria: en seminarios, conventos, centros de A. C., institutos, colegios, academias y escuelas militares... un movimiento litúrgico potente que llena de esperanzas. Pues la mayor parte de los incumplidores del precepto dominical han llegado a ese estado, porque en la iglesia *no hacían nada*, porque se *aburrían* lastimosamente... Hoy es consolador ver el Misal en manos de muchos jóvenes. *Esos* no dejarán la Misa de manera habitual.

* * *

¿Cómo se debe oír la Misa en nuestros Institutos Armados?

No es ésta una cuestión baladí; porque de acertar o no con el modo más adecuado, depende el que la mayor parte de nuestra juventud, o se acostumbre a cumplir este precepto *en casa*, o saque, de la asistencia inconveniente a la Misa durante el servicio,

una prevención y hasta hostilidad a la misma.

En nuestra ya larga vida militar hemos presenciado prácticas las más opuestas: misa obligatoria, libre y casi prohibida; en formación militar perfecta, parcial y sin ninguna clase de formación; con libertad de movimientos: en sentarse, arrodillarse... o con uniformidad en los mismos; en lugares cerrados y a campo raso.

Vamos a concretar nuestro pensamiento en las siguientes afirmaciones:

1.^a *En los Institutos Armados debe oírse la Misa sin violentar el espíritu litúrgico de la Iglesia, ni el espíritu castrense de los mismos, sino armonizándolos.*—En su consecuencia, no son aplicables totalmente al Ejército las normas aconsejadas para centros civiles.

2.^a *En cuanto sea posible, es preferible decir Misa en sitio cubierto o cerrado: hangar, pabellón libre..., a celebrar a campo descubierto.*—Es más conforme a la voluntad de la Iglesia y más apto, porque recoge enormemente la atención del soldado.

Esta indicación debiera tenerse en cuenta por los que hayan de llevar a ejecución la voluntad del Mando de construir capillas en todos los aeródromos y centros militares. Porque frecuentemente se atiende sólo a hacer una capilla artística, pero pequeña y aislada, por lo que no sirve para los días de precepto. Copiemos a los colegios religiosos de enseñanza que habilitan un salón para teatro, asambleas, etc., y en su cabecera sitúan la capilla, cuyas puertas plegables se abren en las festividades. Resulta más económico y más útil. El Hogar del Soldado, un salón, un hangar, pueden servir de antesala de la capilla.

3.^a *Ni es necesaria, para oír Misa, una formación militar rígida, ni debe admitirse libertad absoluta de movimientos, como en la vida civil.*—Lo primero, porque la posición de firmes, con inmovilidad continuada de cabeza, manos, etc., es forzada y no la más apta para seguir las ceremonias. No vemos inconveniente en que el soldado se persigne y lea en el magnífico Devocionario que para él ha impreso el Ministerio. De

esta manera, se incorpora al movimiento religioso-litúrgico de que antes hablábamos, tan recomendado por el Episcopado y el Papa.

(En uno de mis destinos, centro de formación militar para clases y oficiales, llegué a conseguir que alrededor del 50 por 100 aprendieran a manejar el Misal y a ayudar a Misa. ¡Y resulta tan edificante! Como que aún perdura en mí la impresión que me produjo en Barcelona ver un centenar de marineros alemanes del crucero "Köenisberg" oyendo misa con su misal en la iglesia de Santa Mónica el año 1929. ¡Qué lejos estamos en España del desenvolvimiento religioso-cultural que supone la siguiente práctica, corriente en las iglesias alemanas: un empleado, al empezar la Misa, coloca en todos los bancos, para uso de los fieles, unos misales, que recoge al terminar el Sacrificio!

Por el contrario, la posición obligada de firmes impide el fervor por múltiples causas. Un ejemplo: Determinado oficial me decía que recordaba muy desagradablemente las Misas oídas en su Academia, donde abundaban las moscas, tan pesadas a veces, sin poder mover los brazos para ahuyentarlas. San Ignacio de Loyola recomendaba para meditar una postura cómoda, pues la incómoda ya es principio de distracción. Somos, pues, partidarios de cierta flexibilidad en las misas, exceptuando, claro está, las de Jura de Bandera, Revistas militares..., en las que la correcta formación militar es imprescindible.

Esto no quiere decir que nos inclinemos al extremo opuesto: que cada cual ocupe el lugar y postura que más le plazca. Eso va contra el espíritu castrense de uniformidad y disciplina en todo acto. Todos deben guardar su puesto en formación y moverse a toque de corneta; que los toques reglamentarios preceptuados por nuestras Ordenanzas están sabiamente escogidos. Hace años presenciábamos en cierta Unidad la celebración de la Santa Misa de esta guisa y quedamos verdaderamente descorazonados. El soldado en el cuartel lo ve todo a través—y así debe ser— de las Ordenanzas, y acto que no lleve el sello castrense, no tiene para él importancia alguna.

4.ª *La audición de la Misa debe ser obligatoria para todos los católicos.*—Y decimos expresamente para los católicos, porque, naturalmente, si en la filiación de un recluta, o por declaración suya, aparece seguidor de un culto disidente, nadie intentará obligarle en contra de sus creencias.

Pero respecto de los católicos, ¿qué inconveniente puede haber en que asistan a la Misa? ¿Qué injuria se hace a sus creencias, no permitiéndole que durante su celebración esté durmiendo o zascandileando por el cuartel? No hay que olvidar que el tiempo del servicio en filas es período de formación y educación, equiparable y, para muchos, sustitutivo de la formación en colegios de primera y segunda enseñanza. ¿Qué educación resultará eficaz y completa, si se deja opción al educando?

Si en el aspecto sanitario hay Unidades en las que es obligatorio, al saltar a tierra, aceptar un preventivo contra ciertas enfermedades, aunque nadie recomiende ponerse en ocasión de usarlo, ¿qué clase de escrúpulos y prejuicios pueden asaltar a nadie en la materia que estamos tratando?

La principal causa de incumplimiento del deber de oír Misa es nuestra inveterada indolencia y apatía, que no puede verse apoyada desde arriba. A este respecto, recuerdo una de las estampas castrenses de la guerra del 14 al 18 descritas por un literato francés, nada clerical por cierto. Era un soldado que buscaba, astuto, una religión que no tuviera ministros en aquel lugar, para "mo-rearse" durante el acto religioso. El Coronel, hombre muy escrupuloso y circunspecto en materia religiosa, le eximió de la asistencia a todos los cultos religiosos que se celebraban; pero se desveló por proporcionarle un ministro de su credo. Hallado, obligó al soldado a la asistencia *bisemanal* obligatoria; visto lo cual, el soldado abjuró de aquella religión incómoda.

Llanamente hemos expuesto el fruto de nuestra experiencia castrense en acto tan importante y frecuente de la vida de armas y creemos que unas instrucciones superiores sobre la materia con asesoramiento de personas más competentes y autorizadas redundarían en gran provecho espiritual de nuestros Ejércitos.